

## Reflexión sobre los libros de lectura argentinos

María Matilde del Rosso \*

"En los umbrales de su vida cultural, iniciando la difícil y exaltante experiencia de la lectura, nuestros hijos se encuentran con el hecho de tener que afrontar los libros de texto de la escuela primaria" (Eco, 1975).

Cuando la Dueña Dolorida dice ante los duques, Don Quijote y Sancho:

"—Confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento; responde el escudero: —El Panza aquí está, y el Don Quijotísimo asimismo, y así podréis, dolorosísima y dueñísima decir lo que quisieridísimis; que todos estamos prontos y aparejadísimos a ser vuestros servidorísimos."

Con lo que aparece un uso de la lengua con el que Cervantes juega con toda libertad, y la natural seguridad que corresponde a quien es. Nada hay de arbitrario en tal proceder, en razón de que el poeta juega indiscriminadamente con el superlativo, sin vacilar ni en llevarlo a los verbos. Naturalmente, toda persona que se acerca al texto cervantino está preparada para gozarlo. Si las condiciones no estuvieran dadas, el lector abandonaría sin, quizá, pasar del primer capítulo. La adultez cultural del receptor asegura —en este caso— la comprensión del juego, y la valoración que debe hacer del mismo.

El emisor-Cervantes sabe que su texto no será recepcionado por quien no está preparado para recibirlo. En consecuencia, puede libremente crear, sin miedos de ningún tipo. Y puede decir, también, con absoluta seguridad y convicción al hablar del uso de la lengua: "toda afectación es mala".

Pero parece que esto de la afectación no corre con los libros de lectura preparados para la escuela argentina. Nuestros niños no son tomados como tales, sino que se les espeta en una sola lectura, sin miedos ni resquemores, sin respeto lingüístico y con el más arbitrario y desubicado uso de la lengua, que los ríos cordobeses tienen "una caprichosa geografía... de declives suaves, perfiles angulosos y umbrosos valles, todo cubierto de una vegetación lujuriosa que invita al ocioso descanso, mientras un cielo luminoso enciende mil destellos en los perezosos arroyos... Los ríos caudalosos han sido embalsados con tal visión estética... que más que provechosas y utilitarias obras de ingeniería parecen majestuosos lagos naturales".

Y, surgen, ignominiosos, en un fragmento mínimo, diez adjetivos en -oso, con los que el autor decide —aparte de informar sobre la geografía cordobesa— enseñar uno de los aspectos del uso de la *ese*-. Conste que el receptor de este mensaje todavía no ha llegado a su décimo año de vida.

---

\* María Matilde del Rosso es profesora de Lengua y Literatura en escuelas secundarias y de Didáctica de la Lengua y Literatura Infantil en el nivel terciario.

Lo terrible es que no se trata aquí de provocar la sonrisa del lector, como en el caso de Cervantes, sino de atropellarlo con un uso lingüístico descalabrado.

Bonazzi y Eco son claros al respecto:

“Centrados sobre temas triviales... los libros de texto deberían hablar por lo menos una lengua trivial... una lengua de todos los días, conocida por los niños... En cambio, la lengua de estos libros es a menudo una lengua pseudoáulica, que nombra cosas jamás vistas con palabras jamás usadas (pocas veces explicadas y, cuando explicadas, mal explicadas).”

Sábato dice –y con esto nos hace pensar en los libros en los que está el leer para los más pequeños–: “Una realidad pobre y llena de deficiencias tiende a ser enmascarada con artificios de toda índole y, en primer lugar, con los de la lengua, provocando así una especie de cantinflismo colectivo”.

Si la expresión de Sábato puede resultarnos fuera de nuestro alcance – dado que es general– hay aquí la expresión de un libro de lectura argentino, para niños de diez años, que, al referirse a los ríos nacionales les dice a los atribulados lectores, como sadismo insólito: “Si apreciáis debidamente su aporte al porvenir del país, si estudiáis valorativamente todas sus tareas y contratiempos, habréis descubierto una nueva manera de amar a la Patria”. Y el texto es sádico: 1) porque crea en los niños la necesidad de valorar los ríos con seriedad (cosa que parece que no hacen todos, especialmente los mass-media, que se deleitan sobre repetidas y constantes inundaciones de origen fluvial); 2) porque arroja contra los niños un vosotros desconocido; 3) porque no le alcanza lo dicho sino que, además, deslumbra con un incomprensiblemente arcaico antefuturo perfecto y 4) porque los niños aprenderían que la Patria es algo tan importante que debe escribirse con mayúscula aunque con mayúsculas o sin ellas aparecen inexplicables sobornos, o negociados, o sometimientos políticos o económicos.

Pero lo que habla, a todas luces, de la iniciación de los niños en el subdesarrollo es el hecho de que, cuando los autores citados reflexionan amargamente y dicen: “los libros de texto usan palabras vacías, sobre todo cuando deben cubrir ideas vacías” se refieren a libros italianos. Pero lo que Bonazzi y Eco dicen cabe también para los libros nuestros. Por lo que podemos decir que iniciamos a nuestros niños en el subdesarrollo cultural ni bien ingresan en la primaria. En ese subdesarrollo, los autores de textos escolares nos presentan lecturas en las que en menos de cincuenta líneas saltan “vientecillo, botecillo, puentecillo, hombrecillo, tardecitas, nubecillas, viejecilla, muellecito, bosquecillo, peoncito, sabrosillo, avecitas, nohecita, avecilla, calorcillo, tosecilla, vueltecita”, con lo que hay que agregar al uso desbaratado y anómalo de la lengua, el desconocimiento de una realidad idiomática –la nuestra, la argentina– en la cual, por ejemplo, los diminutivos en **illo** no son más que una curiosa información de los textos de estudio del español no rioplatense.

No es arbitrario en este momento recordar **Heterodoxia** y su observación sobre el casticismo: “Según se sabe, consiste en vivir como si

viviéramos cuatrocientos años atrás en Talavera de la Reina. Hay muchas maneras de impedir la comunicación entre los hombres. Esta es la más apreciada por los profesores de gramática”.

Cuando uno-uno, maestro-lee en un texto que tampoco pasa de cincuenta líneas, palabras como estrecheces, azulado, feroces, estremecen, audaces, veloces, retuercen, barnices, feraces, raíces, redondeces, timideces, aprendices, pulverizada, tenaces, disfraces, voraces, con las que el “creador” habla de las Cataratas del Iguazú, e inspirado en el topónimo no vacila en presentar términos con los que el chico aprendería la ortografía Z/C, uno vuelve a recordar **Heterodoxia** donde se habla del estilo de ciertos gramáticos: “Me hace recordar a la musculatura de los atletas profesionales de circo”.

Al atleta profesional de circo se parece el que pretende lucir audaces y tenaces redondeces lingüísticas, sin timideces, frente a los aprendices voraces. Cuya voracidad de aprendizaje cesa a mediodía, si cursa la escuela por la mañana o a la hora del té, si va en el otro turno. Porque –prescindiendo por ahora de la vaciedad constante y repetida de los temas– el uso anómalo y sin sentido de la lengua, no hace más que recordar al niño que el libro de lectura es una “cosa” de la escuela, es el transportador y el compás; que hay que aprender a leerlo porque la maestra lo exige; que es necesario forrarlo porque si no se arruina la tapa; y que es muy caro, como oyó decir al padre cuando tuvo que comprarlo. . .

Es decir, entiende como una pesada carga al libro. Pero de pronto sucede que el chico se encuentra con que Batata, un sapo de la pampa argentina, estaba quieto “mientras la aurora se prepara para borrar las estrellas”, y subido sobre “un hormiguero desalquilado” quiso cantar. Pero, “la canción se le enredó en la lengua y se la tragó como si fuera un gusanito”. Pero tan bello relato de Marta Mercader no debe darse en la escuela, en la clase de lengua, porque la escuela debe dar cosas útiles. Lo que no es útil no merece estar en la escuela. O si está, tiene que ser de visita. Nunca lo estético ha de ser una cosa cotidiana: porque entonces apartaríamos a la escuela de su entorno de esfuerzo, de preparación.

Y si por allí Javier Villafañe nos deslumbra –ahora seriamente– con la historia de que “todavía andaba el sol girando en la rueda del molino” no debemos dejarnos tentar. Porque la belleza se entiende con intuiciones; y en la escuela, especialmente en lo que hace a la lengua, debe entrar lo racional.

Con ideas de este tipo sólo se consigue que el niño lea durante la escuela, pero sólo en la escuela. Y con los libros que solemos darle para la escuela, matamos, antes de que nazca, su gusto, su posible gusto por la lectura.

En el final, conviene recordar, otra vez a Eco:

1) Ninguno de los autores de libros de lectura intentó renovar una práctica educativa.

- 2) El "creador", más que tener en cuenta el mercado de compras tiene en cuenta el de las adopciones, y trata de satisfacer a ministerios, directores de escuelas y maestros.
- 3) La base comercial parecería explicar el conservadorismo desaforado.
- 4) Ni las antologías de grandes autores son valiosas, porque los textos originales, desgajados de su contexto, aparecen falsificados y cargados de connotaciones deplorables.
- 5) La línea pedagógica más sensata es que no haya más libros de texto.

Esta es nuestra línea pedagógica.

### **Referencias bibliográficas**

- Bonazzi, María y Eco, Umberto. **Las verdades que mienten. Un análisis de la ideología represiva de los textos para niños.** Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1975.
- Sábato, Ernesto. **Heterodoxia.** Buenos Aires.